

La caída comenzó con un jale de rutina. Lo enviaron al Diez a castigar a un tipo que se había robado un teléfono. Carlos Cobra llamó al Macaco y a Herrera, y atravesaron el penal por el corredor que pasaba delante de todos los dormitorios. Caminaban rápido, sin hablar ni desviar la mirada, y a su paso levantaban un muro de silencio que segundos después se derrumbaba en un enjambre de intrigas: ¿Ahora qué? ¿Por qué? ¿Sobre quién?

Velázquez y su gente los esperaban afuera del dormitorio. ¿Está armado?, preguntó Cobra. No creo, dijo Velázquez. Vive arriba, yo les digo dónde. De acuerdo, dijo Cobra. El guardia les abrió la reja sin hacer preguntas. Atravesaron el comedor, que olía a grasa fría, y se plantaron en el centro del patio. A cada lado había dos hileras de celdas repartidas en dos pisos. De las rejas y barandales de metal colgaban tendederos con cobijas

y ropa húmeda, toldos, focos, cubetas. Velázquez señaló una celda del segundo piso y luego gritó: ¡Borrego!

De entre las cobijas que cubrían la entrada a la penúltima celda del segundo piso, del lado izquierdo, salió un muchacho pelón que tenía el rostro chupado de los fumadores de piedra: labios cuarteados, ojos hundidos en una sombra negra. Cobra y sus hombres subieron por él. Patearon la puerta. Yo no fui, dijo. Lo arrastraron del cuello. Yo no fui, se los juro. Le gritaron que se callara, le golpearon los riñones, el estómago. Lo hicieron tropezar en la escalera y lo vieron rodar hasta que se abrió la cabeza contra la pared. Por favor, dijo. Se tocaba la herida y después se miraba las manos manchadas. Yo no hice nada. Lo patearon. Lo levantaron a la fuerza. Lo arrastraron hasta el centro del patio.

Diles que yo no fui, suplicó el Borrego a Cobra. Pero fue Velázquez quien respondió: ¿Qué fue lo primero que se te dijo al llegar?

Yo no hice nada, se defendió.

Si hubieras respetado las reglas no estarías aquí.

La gente había suspendido lo que estaba haciendo y ahora contemplaba el espectáculo. Los más neutrales mantenían su distancia pero miraban desde las puertas y ventanas de las celdas, en

silencio. Otros, excitados, pedían a gritos que se lo chingarán: no querían rateros, gente que no supiera respetar. El Borrego se sobaba el hombro raspado y la cabeza, se tambaleaba, como si fuera a llorar, y tartamudeaba excusas incoherentes. Puedo conseguir otro teléfono, dijo. Herrera le dio un rodillazo en la panza. ¿No que no fuiste tú? El Borrego se dobló, tosió, y cuando recuperó aire murmuró que él no había sido. Esto no es por el teléfono, dijo Velázquez. Es por pasado de verga.

Luego hizo una señal con la cabeza. El Macaco y Herrera lo jalieron de las greñas y lo aventaron al piso. La turba se sumó al castigo. El Borrego se encorvó como un feto para protegerse de las patadas, hasta que Cobra ordenó que pararan. Luego se acercó al Borrego, lo obligó a arrodillarse y le sujetó la cabeza entre las dos manos, como si fuera un cura absolviéndolo de todos sus pecados.

Todo se paga, dijo con voz teatral.

Entonces le dio un rodillazo entre los ojos, un rodillazo que lo dobló hacia atrás y le provocó convulsiones instantáneas, ojos en blanco, temblorina, gárgaras de sangre.